

## PARA PROFUNDIZAR MÁS EN MATEO 13, 1-23

**¿Qué es una parábola?** Es una comparación en la que se utilizan hechos o historias bien conocidos para que el oyente, con su participación y su experiencia, descubra algo desconocido, que en el caso de Jesús es el Reino de Dios. La parábola nace de la vida, de la experiencia diaria.

**Contexto:** Mateo reúne en el capítulo 13 siete parábolas en las que se revela el misterio del Reino de los cielos. Este Reino se hace presente en las palabras y signos de Jesús (4,17 - 11,1), y sigue adelante, a pesar del rechazo de los fariseos (11,2 - 12,50). De estas siete parábolas tres están también en Mateo y Lucas, es decir, proceden de la tradición sinóptica (el sembrador, el grano de mostaza y la levadura), pero las otras cuatro (el trigo y la cizaña, el tesoro escondido, la perla preciosa y la red) son propias de Mateo. El evangelista ha recogido y actualizado esta serie de parábolas, teniendo en cuenta las necesidades de su comunidad, e intentando animar y fortalecer la fe de su comunidad. Siguiendo un trazado preciso, Mateo coloca esta colección de parábolas entre el rechazo de Jesús (11,2 - 12,50), y su retirada progresiva para convocar al nuevo pueblo de Dios (13,53 - 16,20). A través de ellas aparecen con claridad las actitudes de la gente y de los discípulos(as) frente a Jesús: los discípulos(as) entienden las parábolas, porque Dios les ha revelado los misterios del Reino; pero la gente no las entiende, porque ha cerrado su corazón (13,10-17).

Al terminar el relato de la parábola del sembrador, Jesús hace esta llamada: «El que tenga oídos para oír que oiga». Se nos pide que prestemos mucha atención a la parábola. Pero, ¿en qué hemos de reflexionar? ¿En el sembrador? ¿En la semilla? ¿En los diferentes terrenos?

Tradicionalmente, los cristianos nos hemos fijado casi exclusivamente en los terrenos en que cae la semilla, para revisar cuál es nuestra actitud al escuchar el Evangelio. Sin embargo es importante prestar también atención al sembrador y a su modo de sembrar.

Es lo primero que dice el relato: «Salió el sembrador a sembrar». Lo hace con una confianza sorprendente. Siembra de manera abundante. La semilla cae y cae por todas partes, incluso donde parece difícil que pueda germinar. Así lo hacían los campesinos de Galilea, que sembraban incluso al borde de los caminos y en terrenos pedregosos.

A la gente no le es difícil identificar al sembrador. Así siembra Jesús su mensaje. Lo ven salir todas las mañanas a anunciar la Buena Noticia de Dios. Siembra su Palabra entre la gente sencilla, que lo acoge, y también entre los escribas y fariseos, que lo rechazan. Nunca se desalienta. Su siembra no será estéril.

Desbordados por una fuerte crisis religiosa, podemos pensar que el Evangelio ha perdido su fuerza original y que el mensaje de Jesús ya no tiene garra para atraer la atención del hombre o la mujer de hoy. Ciertamente, no es el momento de «cosechar» éxitos llamativos, sino de aprender a sembrar sin desalentarnos, con más humildad y verdad.

No es el Evangelio el que ha perdido fuerza humanizadora; somos nosotros los que lo estamos anunciando con una fe débil y vacilante. No es Jesús el que ha perdido poder de atracción. Somos nosotros los que lo desvirtuamos con nuestras incoherencias y contradicciones.

El papa Francisco dice que, cuando un cristiano no vive una adhesión fuerte a Jesús, «pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie».

Evangelizar no es propagar una doctrina, sino hacer presente en medio de la sociedad y en el corazón de las personas la fuerza humanizadora y salvadora de Jesús. Y esto no se puede hacer de cualquier manera. Lo más decisivo no es el número de predicadores, catequistas y enseñantes de religión, sino la calidad evangélica que podamos irradiar los cristianos. ¿Qué contagiamos? ¿Indiferencia o fe convencida? ¿Mediocridad o pasión por una vida más humana?